

1-9-81

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC es independiente en su línea de pensamiento y no acepta necesariamente como suyas las ideas vertidas en los artículos firmados

FEDERICO García Lorca declaró, en el desaparecido diario

EL AMOR Y LA MUERTE EN EL TEATRO DE GARCIA LORCA

granadino «El Defensor de Granada», que si algún día tuviera gloria, más de la mitad se la debería a Granada. Por eso es importante tener una visión del sentido de la Granada de Federico, tanto en el aspecto físico como en el espiritual. Granada le dio a Federico no sólo el lenguaje, el paisaje, los tipos, sino también unos rasgos característicos surgidos de toda una tradición granadina.

Cuando tanto se habla de que nuestra sociedad se desintegra, el teatro de Federico nos acusa lo contrario, o sea, de la integración de la sociedad y, con ella, la del ser humano en particular. Esta integración es debida al sentido de la idiosincrasia granadina, sedimento de raza romana, judía, mora y cristiana; sedimento que afecta, creo yo, al sentido más puro de la raza española.

Granada, en su aspecto físico, podemos decir que es la unión de tres Granadas: la campesina, la vieja y la burguesa. Estos tres aspectos podemos verlos fácilmente. Basta una mirada desde la Torre de la Vela para darnos cuenta que en la Granada campesina nos encontramos con Fuente Vaqueros y Moclín, donde todavía parecen existir las sombras de las Bernardas y de las Yermas. Un paseo por Fuente Vaqueros hace encontrarnos con la casa de paredes encaladas de Bernarda. Casa de grandes corralones, donde los caballos sementales se mostrarán inquietos durante las épocas de celo. En Moclín veremos las cuevas que suben hasta la ermita del Santo: un Cristo con la cruz a cuevas que parece mirarnos, aunque nos pongamos en cualquier lugar de la iglesia. Mirada mágica para las solteras y casadas que van a pedirle al Santo. En la Granada vieja vemos el esplendoroso Albaicín, cuyas casas parecen palomas que van a emprender el vuelo. Desde la Torre de la Vela oímos la algarabía de murmullos humanos, alegres, nerviosos; murmullos de niños que juegan en las plazoletas, donde no es difícil adivinar la alegría y el nerviosismo de «La zapatera prodigiosa» y el martilleo del viejo zapatero, remendando zapatos. En la Granada burguesa, si paseamos por la Acera del Casino, todavía, en las fachadas de las casas adivinaremos, entre visillos y balcones, el inolvidable encanto de las doñas Rositas. ¿Y qué decir de los Cármenes granadinos, con su «agua oculta que llora», donde también las doñas Rositas seguirán cuidando las flores? Físicamente, el teatro de Federico sigue vivo en una Granada que, como toda España, se desintegra. Esa desintegración que va pudriendo la vida española.

Pero donde más se acusa el dulce aroma del legado integrador de Federico es en el aspecto espiritual; aspecto donde vemos una gama riquísima de matices de lo que yo creo que es el granadinismo por

excelencia. Entre estos matices vamos a destacar algunos que nos parecen de especial interés. Es el primero un fondo amenazador y terrible del cante jondo más popular y anónimo. Cante sentenciador. Cante que nos habla a vida y a muerte, a lamento y a tragedia. Cante envuelto en la máxima sabiduría de un pueblo heredero de casi todo el saber humano. Federico sabía muy bien de este cante. Todavía podemos escucharlo en las tabernas albaicineras, o en las del barrio del Realejo. A veces lo oímos también junto a los aljibes cerrados y solitarios del Albaicín, o en la plaza del Cristo de los Favores. Canto como aquel que dice: «No te pido más castigo / que estés durmiendo con otro / y estés soñando conmigo»; o aquel otro: «Déjala que cante y ría / y que de sus nochechillas goce, / que puede ser que algún día, / le den llorando las doce / y no las doce del día.»

Junto a este regalo del cante jondo encontramos más rasgos granadinos, tales como el de la indecisión. El no saber decidirse, si mal no recuerdo, fue el origen del nombre del paseo de los Tristes. Paseo cercano a la Audiencia Territorial, donde abogados y fiscales iban a pasear, indecisos, antes de defender o condenar. La indecisión, tanto en Federico como en sus héroes dramáticos, es grande. Ni se decide Yerma ni se decide doña Rosita. Los héroes lorquianos que se deciden, como la novia de «Bodas de sangre» o la Adela, la hija menor de «Bernarda Alba», encuentran el abandono o la muerte. Por eso, junto a la indecisión, se da el terrible miedo de la superstición. Por ambos matices el granadino se encierra en el mundo cerrado de los Cármenes a meditar o morir. El granadino cree que en esta vida se paga el mal que nos hacen o hacemos. Por eso, para el granadino que ya entró en años, el contemplar la desintegración actual española es causa de una inquietud profunda, hasta llegar al pánico.

Por otra parte, los héroes lorquianos entroncan con la casa del rey bíblico David:

ABC
EDICION INTERNACIONAL

Un medio publicitario único para transmisión de mensajes comerciales a ochenta y nueve países

este entroncamiento consiste en el terror que sienten respecto a la idea del honor. El honor granadino fue un precioso tesoro que había que celar con sumo cuidado, porque quien perdía su honor pagaba en vida su pecado. Bajo este punto de vista, el realismo del granadino y de la obra lorquiana es hermoso y consolador.

Pero nada tan importante dentro del granadinismo y, por lo tanto, dentro del teatro lorquiano, como la unión del amor y de la muerte sin posible delimitación. Para el granadino, amar es morir en la persona amada. El enamorado va muriendo en el amante. Aquel que se enamora sabe que va a consumir su vida junto a la persona amada. Esta unión de amor-muerte se refleja en el teatro más importante de Federico. Mariana de Pineda muere enamorada por defender los mismos ideales de su amante. La unión amor-muerte es aquí totalmente idealista. Mariana quiere morir amando la misma libertad por la que lucha su amado. De esta manera, la compenetración con el amante es mucho mayor y consoladora para la mujer que fue a un patíbulo. Este mismo sentido del amor se dará en «Yerma», donde el deseo de amar llega al desvelamiento del héroe. Aquí el amor-muerte es la misma carne marchita de Yerma. Si Mariana de Pineda quiere convertirse en la misma libertad, Yerma quiere que «su prado de pena» llegue a ser la prolongación del ser que ama, o sea, que el hijo deseado sea prolongación del amante. Hace pocos días me decía una profesora norteamericana que no comprendía a Yerma. Desde luego que no se comprende si se vive en el mundo de la desintegración. Para mí siguen siendo hermosísimos estos ideales de los granadinos. No sólo hermosísimos, sino necesarios para el bien de una colectividad que aspira a querer comprenderse. Sin amor-muerte no hay sociedad que pueda llegar a un proceso digno. Sin indecisión y la honda meditación que ésta arrastra, no se puede elevar la cultura y el sentido de dignidad de un país. Sin saber el sentido trágico y sabio de nuestro cante jondo, no hay hombre que pueda preciarse de conocer a su pueblo. Recuerdo ahora que de las tertulias famosas de Angel Ganivet, que en su peregrinar terminaban en la Fuente del Avellano —y en la que se hablaba de todos los temas anteriormente expuestos—, surgió una generación de escritores que fueron orgullo de nuestra nación. Todos saben que me refiero a la generación del 98, cuyos primeros alientos fueron debidos al granadinismo indeciso y crítico de un hombre llamado Ganivet; generación que luchó por la no desintegración de nuestro país. Lorca también aprendió las lecciones de Ganivet e hizo de sus ideales granadinos unas obras dramáticas de carácter universal, integradas, unidas al sabio y popular concepto de lo tradicional.

José MARTIN RECUERDA